

Comentario de

Silet

*Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller*¹

“Las cosas temidas, si se apartan de nosotros,
al ser nombradas regresan,
porque confunden la mención con el llamado”

A. Di Benedetto²

Treinta años atrás Jacques-Alain Miller sostiene este curso guiado por un *simple* significante: *Silet*. Esta brújula de trabajo investiga las formas en que el silencio se presenta en la práctica analítica, rodeando una serie de conceptos que configuran su impenetrable presencia. El acto del analista, por ejemplo, queda sostenido a partir de esta premisa: “Cuando habla, habla -o debería hablar- a partir del silencio. Debería hablar a partir del silencio, incluso mantener el silencio aunque hable. Quizás sea este el secreto de la interpretación”.

Miller, con su habitual rigurosidad, recorre las referencias de la *primera* enseñanza de Jacques Lacan para situar el goce en el eje imaginario. Esta dimensión narcisista del goce supone *su* desposesión; para el neurótico es otro quien goza en su lugar. Encontramos, también, una orientación clínica al respecto: “cuando el sujeto habla en este nivel donde intenta comentar, acompañar, circunscribir, recuperar el goce que se sustrae, pues bien -principio técnico- nada que decir por parte del analista. El analista debe saber callar.” Lacan efectivamente señala la inadecuación de toda respuesta a esa forma del discurso: “el sujeto tomará como de desprecio toda palabra que se comprometa con su equivocación”³. El silencio, así, se impone como respuesta del analista, menos frustrante que toda otra posible; en esta dimensión se explicitan las coordenadas de las críticas hacia algunos post-freudianos de su época, que *buscaban* sostener un análisis bajo la égida frustración-agresión-regresión (aún, si la palabra era el medio de intervención).

Constantemente se lee el intento de Miller de articular los elementos de la teoría y sus contextos en la enseñanza de Lacan: desde constatar el lugar de la pulsión en la trama del discurso, hasta considerar la posición que el analista irá tomando en su práctica. Por esta vía, este goce primero situado en lo imaginario, se configurará posteriormente en ello “que compromete al sujeto del decir”. En el transcurso de este

¹ Ed. Paidós, Julio 2025.

² *El silenciero*. Adriana Hidalgo ed., 1999. p.144

³ J. Lacan. *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. Escritos 1, p. 240.

recorrido, bajo diferentes aristas de cada concepto analítico, Miller muestra un horizonte de trabajo que se desplaza ante sus *impasses*, encontrándose siempre con un hallazgo que relanza su trabajo.

El *Seminario 11*, “*Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*” y el escrito “*Posición del inconsciente*” son presentados como la coyuntura donde la pulsión reclama “derecho de ciudadanía”. Las coordenadas de satisfacción no quedan ya sólo ligadas a la satisfacción propia del reconocimiento. Este pasaje se anuda en tres tiempos; consideración del goce como imaginario en un inicio (su inercia, que tensiona contra la dinámica simbólica). Luego -a la altura de “*Instancia de la letra...*”- un goce ligado al deseo, que supone un deslizamiento, una *Entstellung* posible (incluso en la sustitución del objeto); finalmente, con el *Seminario 7*, el goce se impone vía la transgresión, vinculado a un exceso que rechaza lo imaginario. El significante, ahora, domestica y atempera el goce mediante el falo “como representación significativa de la pulsión”.

La segunda parte del curso es ordenado a partir de novedosas consideraciones sobre la libido: allí señala que Lacan siempre necesitó de un término mediador para considerar “la juntura entre el inconsciente y su realidad sexual”. La libido opera como tal en el texto freudiano, y Lacan lo retoma en forma de *deseo*.

¿Cómo concebir a partir de 1964 a la repetición? En un primer momento la repetición significaba “pura y simplemente la tachadura del objeto”. Todo lo real, lo que era de orden natural, había sido transferido a lo simbólico, sin resto. Ahora bien, “la relación de repetición con el objeto no es de simple anulación. El objeto está perdido, anulado, tachado. Pero, aún así, la repetición sigue dirigiéndose a él. Y, apuntando a él, yerra.” Desde aquí, esta *equivocación* comenzará a dar nuevas sombras y luces al silencio de la pulsión.

El *Seminario 17* “*El revés del psicoanálisis*”, referencia relevante en este curso, permite ubicar nuevas respuestas a los obstáculos de la práctica. Aquí, tanto el deseo como el goce muestran ser metonímicos; ambos se ordenan bajo la cadena significativa y corren por debajo de ella. Leemos: “Es el mismo lugar, lugar metonímico y lugar de ex-sistencia. Pero deseo y goce nombran este lugar de dos formas distintas. El deseo lo nombra como el efecto del significante, lo cual quiere decir que el significante es causa. (...) Pero poner el plus de gozar en este lugar de ex-sistencia, tiene un valor muy distinto, porque no se trata ya de un efecto, sino, por el contrario, de un motivo de la repetición significativa y, al mismo tiempo, su finalidad”.

Tomando el *Seminario 4* “*La relación de objeto*” puede dar necesarias precisiones para las formas clínicas de la histeria y de la obsesión: “son los *impasses*

del goce imaginario los que pone esencialmente de relieve en ellas”. Una privación de goce se instala allí, transfiriéndose el mismo al otro imaginario; el sujeto, “en tanto que yo, es incapaz de gozar”. Un impedimento imposible de ser solucionado por lo imaginario. El Otro con mayúscula se instala así como vía para instalar una pregunta, ahora en lo simbólico. ¿Bajo qué vías? Bajo lo que Miller denomina “la inserción del goce en lo simbólico”: vía el falo como significante privilegiado, y mediante el concepto de deseo. Las transferencias de goce “se convierten en metonimia simbólica del deseo”.

Ahora bien, el fracaso de Lacan en capturar el concepto de libido en el de deseo es interpretado por el autor como una “lección”: “Este fracaso mismo es la razón del concepto de goce”. Bajo este horizonte, en diversas instancias del curso se ofrecen interlocuciones con otros autores y discursos. Particularmente destacadas son las influencias que la obra de Maurice Merleau-Ponty ejercen sobre la concepción lacaniana de la imagen y la mirada. Tomar al filósofo francés (principalmente sus trabajos “*Lo visible y lo invisible*” y “*Fenomenología de la percepción*”) le permite repensar lo imaginario, ahora en su articulación con el objeto *a*. El sueño, el fantasma, los fenómenos de lo imaginario, son objeto de análisis para tensar su vínculo con el motor de la experiencia analítica: la función de la palabra.

Las veintidós clases del curso sostenidas entre noviembre de 1994 y julio de 1995 pueden ser leídas como muestra del esfuerzo de Lacan en romper con la repetición trillada del pensamiento: “Se piensa dentro de un marco, y cuando el marco simbólico en el que se piensa no resiste, es necesario un esfuerzo de pensamiento especialmente cruel, agotador, para reconstruirlo. Es lo que encontramos en la psicosis. Y a Lacan no le molestaba reconocer afinidades entre la invención (...) y el delirio, incluso la psicosis”. En esto, apuesta Miller, seguía el camino abierto por Sigmund Freud.

Augusto Pfeifer
Agosto 2025